

Pero en parte la respuesta está en el capítulo dedicado a «la organización del significado», que analiza el papel del clero secular, las órdenes religiosas, las mujeres, los montañeses y los católicos sociales en Limpias, y que se centra en el contenido de un sistema de creencias, nunca desligado de los grupos o sectores sociales que las asumen o las niegan, ni de sus interrelaciones, dependencias, conflictos, etc. Hay una cuestión previa que requeriría ser planteada de nuevo: las hierofanías localizadas en tiempo y lugar implican una, se diría, ampliación del dogma, es decir, un elemento añadido al corpus del credo católico y que se formula, en este caso, como la creencia en el Cristo de Limpias. Una adhesión específica, una vinculación focalizada, que comporta en cierto modo una reducción de campo, una fijación de la actitud religiosa y que transforma el valor de una imagen, convertida en capital simbólico comparativamente sobredimensionado. Haber planteado la cuestión de nuevo, retomando ideas ya enunciadas por el autor en trabajos anteriores, hubiera ayudado a comprender mejor el esfuerzo y la complejidad de las racionalizaciones, la búsqueda de consenso, la publicidad, la difusión, la negación y el rechazo que componen lo que el autor nos ofrece como «organización del significado»; en realidad un flujo de discursos y contradiscursos, de acciones y de reacciones que nos afianzan en la idea de la difícil «organización» del significado de determinados acontecimientos —no sólo religiosos— y nos hace recelar de explicaciones simples que demasiado frecuentemente se ofrecen.

Este libro invita a una lectura atenta mientras esperamos el ya anunciado sobre Ezquioga (ver anticipo en *American Ethnologist*). A la constante dedicación del autor al ámbito de la religiosidad popular en España y a la inteligencia del tratamiento que suele dar a los temas debe corresponder el fiel interés del lector por sus trabajos futuros. Con toda probabilidad se incrementarán cuando menos sus conocimientos y tal vez sus desasosiegos.—HONORIO M. VELASCO.

CHEYNE, George J. G.: *El Renacimiento ideal: Epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)* (Alicante: Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1992), 228 pp.

Estamos ante un epistolario importante, cruzado entre dos conocidos reformadores intelectuales relacionados con el 98 —unidos entre sí profundamente, hecho importante aunque no siempre sea conocido—. Y llevado a cabo por uno de los especialistas más indicados para ello, recientemente fallecido y que nos deja esta obra como póstumo regalo. George Cheyne dedicó en los 60 su tesis doctoral a Joaquín Costa, del que publicaría en 1971 una biografía (*J.C., el gran desconocido*, Barcelona, Ariel) y en 1972 su tesis doctoral, dedicada a esclarecer la bibliografía enorme y complicada de Costa (London: Tamesis Book Limited), reproducida y actualizada en castellano a los diez años (*Estudio bibliográfico de la obra de J. C. 1846-1911*, Zaragoza, Guara Editorial, 1981). Se trata de un instrumento de consulta imprescindible en la actualidad para trabajar con la obra del «gran polígrafo», cuyas ediciones varían considerablemente y cuyas numerosas partes se ordenan a veces caprichosamente y se hallan muy dispersas.

Una faceta importante de Cheyne es su contribución a la biografía de toda la generación española de fin de siglo a través de la edición de epistolarios relacionados con Joaquín Costa, siempre publicados en Zaragoza. Además del presente, estudió en

1979 el de Costa con su amigo Manuel Bescós y en 1983 el sostenido con Francisco Giner¹. Pero debe decirse además que tenía especial predilección por el de Altamira, al que dedicó un artículo de avance —publicando seis cartas, de las 44 que ya tenía controladas— en el homenaje dedicado a R. Altamira, con motivo del centenario de su nacimiento, por el *Bulletin Hispanique* (1966, pp. 357-364)². Ya entonces daba importancia a la tarea de preparar extensas notas para el epistolario, tarea a la que ha dedicado Cheyne ímprobos esfuerzos, especialmente para identificar personajes más o menos secundarios mencionados en las cartas. Así lo reconoce en el epistolario de 1966 (p. 357): «Finalmente, quisiera excusarme por la extensión de las notas que acompañan esta correspondencia. Las muchas alusiones a personas y ocurrencias de la época me obligan a ofrecer una información que creo consumiría demasiado tiempo al lector si se viera precisado a buscarla por sí mismo...».

En aquella ocasión pondría 28 notas a seis cartas, y en ésta 400 para 182 cartas. No se trata solamente de que sean notas abundantes, sino que contienen datos exhaustivos, a veces de importancia secundaria para la alusión epistolar, que demanda solamente precisiones sobre parcelas menores. Me pregunto si se justificaban, en 1996, aclaraciones sobre personalidades de la Universidad de Oviedo como Posada, Sela o Buylla, o especialmente sobre el conocido historiador francés Charles Seignoibos en el propio *Bulletin Hispanique*. A nosotros nos parecen siempre bienvenidas estas notas pacientes, pero algunas quizá no se justifiquen del todo: como las individuales dedicadas a personajes remotos mencionados en la consulta epistolar, tales como Salustio, Estrabón, Plinio el Viejo, Polibio, Skymno de Chio, Procopio, Sozómo, Orosio, Idacio, etc. (notas 40 y 89-100), como autores clásicos empleados por Costa y Altamira para la prehistoria española. En todo caso, véase aquí una prueba de la meticulosidad y profesionalidad con que Cheyne procedía a editar los epistolarios. Si bien cada especialista destacaría una faceta de las varias desplegadas por esta pareja erudita, es probable que solamente el enciclopedismo de Cheyne contente a todos ellos, incluido el lector común.

¹ Ha dejado por publicar otro epistolario muy extenso de Costa con Juan Serrano Gómez, en que se hallaba trabajando, y del que me había comunicado su enorme riqueza. Dedicué a esta relación intelectual el primero de mis trabajos publicados sobre Costa en la revista *Agricultura y Sociedad* (1987, pp. 49-90).

² Ese mismo año se publica en España un homenaje particular en el *Boletín de la Academia de la Historia* por parte de Luis García de Valdeavellano, titulado «Don Rafael Altamira, o la historia como educación», tomo CLX, cuaderno 1, pp. 63-88, donde el autor publica otra carta de Altamira a Costa. Otro académico publicará otras dos cartas claves de la correspondencia Costa-Altamira, y en otro homenaje. Se trata de Ciríaco Pérez Bustamante en el homenaje tributado a Menéndez Pidal por *Cuadernos Hispanoamericanos*, 238-240, 1969, pp. 71-77: «Don Ramón y los ensayos de reforma universitaria en su juventud». Cheyne no conoció este trabajo, con el cual hubiera podido corregir faltas de lectura en las cartas del 3 y 17 de octubre del 98: en la versión de Cheyne hay varias veces la expresión «ilegible» o «falta una línea», que no ocurren en la otra. Son cartas muy importantes en los aspectos etnográficos, por los que Altamira se sentía deudor de Costa, y lo reconoció públicamente al dedicarle en 1904 su libro *Cuestiones modernas de Historia*: «A J. C., mi maestro y primer iniciador en las investigaciones prácticas de historia».

Numéricamente hablando, este epistolario es el más extenso de Costa de entre los publicados por Cheyne, pues contiene 182 cartas (contadas por mí) frente a las 108 de Costa-Bescós (1979, *idem*), y las 124 de Costa-Giner (1983, numeradas esta vez). A su vez, es el que tiene más notas: 400, frente a las 144 de Bescós y 255 de Giner. Habiendo sido establecido tal epistolario en una veintena de años —entre la decena de Bescós (1899-1910) y la treintena de Giner (1878-1910)— es evidente que puede usarse para medir la mayor confianza y trato entre estos dos hombres, respecto de otras amistades de Costa.

Más nos importa la cuestión cualitativa del valor que quepa atribuir a este epistolario para la historia de su relación personal e intelectual, así como de la de su generación. Desde el principio de su Introducción establece Cheyne el alto valor que concede a los epistolarios, en general y en particular: «En la correspondencia privada de un país se revela más íntimamente la vida cotidiana y, en comentarios ora espontáneos, ora reflexivos, se juzgan las preocupaciones grandes o triviales del momento (...) Este epistolario (...) nos da una visión inmediata de los quehaceres y posiciones ideológicas de dos notables intelectuales españoles» (1992: 11). En este sentido, Cheyne intenta mantener neutral su interés por los informes ofrecidos en el epistolario, que analiza ampliamente en la Introducción (pp. 11-17), procurando reflejar la temática dominante en ellos: «Dos temas principales subtienden este epistolario: la Historia como disciplina y la preocupación por España como nación, y más concretamente como problema administrativo y de gobierno. Por eso mismo, la educación y la proyección de España en el extranjero ocupan gran parte de su diálogo, pero nunca se abandona el interés por la metodología y la historiografía» (1992: 12).

Creo que es muy apropiado este juicio de Cheyne para reflejar el énfasis científico dominante de este epistolario, que debería reflejar hipotéticamente el de sus protagonistas: con demasiada frecuencia, entre los costistas se ha querido ver en Costa —que no llegó a catedrático como Altamira, y tuvo que meterse en política y llegó a hacer mucho jaleo, creando la famosa 'generación del 98'— principalmente al político sobre el profesor. En este epistolario aparecen sus múltiples actividades públicas, no estrictamente académicas (periodismo, creación literaria, comentarios y escritos políticos, formación de partidos, etc.), pero sobre todas ellas se imponen las académicas, que comienzan siendo las primeras (consultas bibliográficas de Altamira) y terminan siendo las últimas (el viaje cultural de Altamira a América en 1910, y sus publicaciones respectivas). Es verdad que Costa aparece en esta correspondencia como un gran activista, frente al académico Altamira que se resiste a entrar en política, molestando incluso a su maestro y cediendo solamente en cuestiones parciales y puntuales. Pero el propio Cheyne señala adecuadamente y con reiteración el contraste entre el optimismo y el idealismo de Altamira —de ahí el título elegido para este epistolario de «renacimiento ideal», frente al pesimismo de Costa: «El pesimismo de Costa no es metódico —como Altamira proponía en 1898—, antes bien es profundamente sentido. Él mismo lo describe como tal, cuando comenta, en agosto del 98, que quizá 'tenga parte de su causa en la estructura cerebral o en la lobreguez del túnel sin salida por donde he caminado dando tumbos cuarenta años' y mucho más tarde, en 1905, hablará de «este último período de mi vida más que invertebrada rota, fragmentada» (1992: 14).

A este respecto, me parece digno de notar el párrafo de 25 de nov. del 98, cuando Altamira le felicita por entrar en la política activa —Manifiesto de Barbastro desde las cámaras agrarias, queriendo atraerse las urbanas, y sin lograrlo— y Costa le contesta: «Yo estoy en esto por accidente (...) Un caciquismo brutal (...) con el cual brego hace

años, me ha derrumbado el remate —el pleito de La Solana, en que se dilataba el resultado feliz de cobrar sus honorarios como abogado defensor—. *Para defenderme, no de los ladrones, sino de los jueces, me he colocado a orillas de la política, y estoy a punto de asomarme a ella*: no me llevará el patriotismo, sino la irritación, la desesperación, la ira contra esta horrible constitución que me roba y no me deja defenderme, complicada con la caridad, con la compasión que me inspira este pobre pueblo» (1992: 112-113). Como se ve, no se metió en política por gusto sino obligado por la desesperación, propia y ajena. Y para confirmar esta clara declaración, comentaba Costa a su amigo, joven catedrático de Oviedo que le contaba sus muchas actividades académicas y sociales: «Lo que más me interesa de esa colonia de cosas que hace es lo del *Derecho consuetudinario*. Será (...) ejemplo y sugestión y modelo para las demás universidades (...) del porvenir (lo mismo que esas excursiones, etc.) (...) Ese programa de su vida actual me espanta» (1992, p. 111, carta de 25 de octubre de 1898).

Cheyne nos ha proporcionado este precioso documento epistolar, para que cada especialista lo aproveche. Desde la etnografía le debemos agradecer, no solamente los materiales en bruto o las sugerencias aquí y allá dispersas, sino su análisis autorizado para señalar el interés predominantemente intelectual y renovador para la academia española de ambos: «Conviene no olvidar que en España fueron hombres como Costa y Altamira quienes abandonaron el tono hagiográfico para buscar en las piedras las inscripciones, las costumbres y la tradición oral la esencia de la Historia» (1992: 17).— FERMÍN DEL PINO DÍAZ.

FRAILE GIL, José Manuel: *La poesía infantil en la Tradición madrileña* (Madrid: Comunidad de Madrid, 1994), 379 pp.

La palabra antigua de los niños, de los que fueron niños a lo largo de este siglo, antes de la difusión masiva de la televisión, a juzgar por la edad de los recitadores, resplandece en la paciente búsqueda de la tradición oral realizada por José Manuel Fraile Gil, quien no ahorra esfuerzos en la investigación oral por la geografía de los pueblos. De la tradición madrileña, Fraile Gil lleva editados *Romances* (1991), *Cuentos* (1992), y ahora *Poesía infantil* (1994), libro que completa la trilogía de su compilación en la Comunidad de Madrid.

Hoy inexorablemente diluidas, en los juegos que presidieron la vida infantil y en las rimas que se decían, vivificadas por el uso repetido y cotidiano «sobrevivieron muchas formas literarias —dice el autor— reliquias de una lírica a la que de otro modo quizás no hubiéramos accedido».

Consciente de esa herencia de siglos escondidos en las retahílas, José Manuel Fraile Gil en el prólogo de su antología oral repasa a partir del Siglo de Oro a los autores que dieron noticia de los juegos infantiles: el humanista Rodrigo Caro, los lexicógrafos Gonzalo Correas y Sebastián Covarrubias, los poetas Juan Rufo, Alonso de Ledesma. No olvida la cita de un poeta popular del siglo XVIII, Carlos Ros, que escribe su *Romanç Nou de les gichs valenciá* publicado hacia 1750 en pliego de cordel de 8 hojas donde encierra a manera de «centón o ensalada» pista de más de un centenar y medio de juegos. Carlos Ros enlaza con la tradición del Siglo de Oro y establece la continuidad con los escritores costumbristas del siglo XIX, Fernán Caballero, J. Valera, y con los